

El clan de los Pelayo gana la apuesta

JOSÉ ANTONIO HERNÁNDEZ
Madrid

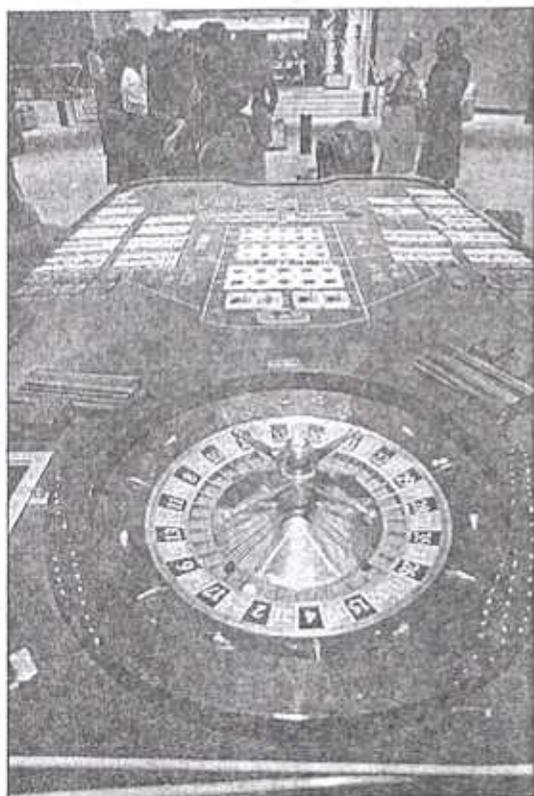
Un grupo de seis personas, conocido como el clan de los Pelayo, trae de cabeza desde hace años a los casinos españoles y parte de los europeos. Cuando les ven llegar, los crupieres se echan a temblar y saltan las alarmas. Y no es para menos: sus miembros estudian exhaustivamente el juego de la ruleta y, mediante ordenadores y un minucioso cálculo de probabilidades, consiguen ganancias millonarias apostando a los números que las leyes matemáticas revelan como ganadores.

Desesperado, el Casino Gran Madrid, uno de los que más dinero mueven en España, decidió en 1994 prohibir la entrada del clan a sus instalaciones. Alegó que sus maquinaciones permitían al grupo "jugar con ventaja" y que ello vulneraba el artículo 31 del Reglamento de Casinos, que faculta al director "para invitar a abandonar la sala a aquellas personas que produzcan perturbaciones en el orden de las salas de juego o cometan irregularidades en la práctica de los juegos".

Convencido de que la ley y el sentido común le asistía, el clan consideró ilegal el veto y acudió primero a la Delegación del Gobierno de Madrid y luego a los tribunales. Tras varios años de pleito, los Pelayo también han ganado su última apuesta, la judicial.

El Tribunal Superior de Justicia de Madrid ha dictado una sentencia en la que les da luz verde para que, al igual que otros ciudadanos, puedan acceder al casino madrileño sin impedimentos. Interpretan los jueces que el acceso al local "es una cuestión de derechos individuales" y que, además, no constituye una "irregularidad ni altera las normas del juego" el que los Pelayo utilicen para sus apuestas el cálculo de probabilidades y la informática. "Esa conducta no afecta a la propia ruleta, pues ésta no se

El Casino de Madrid pierde el pleito
contra un grupo familiar que utiliza la
informática para triunfar en la ruleta



Una ruleta en el Casino Gran Madrid. / RICARDO MARTÍN

manipula para forzar un resultado; ni se sustituye la apuesta ni tampoco se altera el resultado", destaca el Tribunal Superior, y añade: "Se apuesta como cualquier jugador, en el momento oportuno, y siguiendo las reglas de la ruleta, corriendo el riesgo de todo azar y con la única circunstancia de que se espera obtener un resultado satisfactorio basado en el cálculo de probabilidades". Los jue-

ces subrayan que los Pelayo "siempre pagaron su entrada en el casino, jugando unas veces y sin jugar otras muchas", y que "el hecho de no participar en los juegos [a veces iban al local sólo para anotar los movimientos de la bola] no quebranta el reglamento del juego". Además concluyen que la ruleta es un juego en el que cada participante actúa con reglas propias y cuya esencia es

la incertidumbre del resultado.

En su infructuoso intento por perderles de vista, el Casino Gran Madrid, situado en la localidad madrileña de Torreloayón, remitió a los jueces un amplio informe sobre las andanzas del clan de los Pelayo. En él destaca que "está compuesto por un grupo de familiares" y varios "compañeros de aventuras" que hace años "decidieron hacer del juego de azar su profesión y negocio". "Estos sujetos", indica el informe, "han acreditado su comportamiento en otros muchos casinos, españoles y extranjeros, que de forma unívoca les han prohibido la entrada". Según el Casino, eligen "algunas mesas de ruleta y durante varios días se dedican a recopilar sistemáticamente los resultados, dando un tratamiento informático a dicha información". Ello les permite "anticipar las frecuencias y tendencias de los resultados". Incluso estudian "la inclinación y desgaste de las mesas" de juego en las que operan. "Obvio es", remarca el Casino, "que de esa forma conocen con mayor grado de certeza los posibles resultados y se colocan en una situación de ventaja".

Obtenidos y procesados los datos, continúa el informe, eligen un día y apuestan "intensamente a aquellos resultados que el estudio revela como más probables". Y no les ha ido mal. Aunque el informe no especifica los millones de pesetas cosechados por este clan, sí indica el riesgo que supone "reventar" la caja tanto "para la empresa como para Hacienda". Requerido ayer por EL PAÍS, el Casino se limitó a indicar que había recurrido el fallo y que "no le consta" el dinero ganado por este clan.

Para desesperación del Casino, la suerte trabajada de los Pelayo se extendió a otros jugadores que, nada más verles, se pegaban a ellos y apostaban por los mismos números. Ahora podrán volver a jugar.

Diario

JUAN JOSÉ MILLÁS

He leído que en esta época del año vienen al mundo muchas moscas. La mayoría de ellas nace en un cuarto de estar como el mío, donde sus madres pusieron cuidadosamente los huevos al amparo de un resto de pollo perdido bajo el aparador, en una zona donde no alcanza la escoba. De ese pollo se alimentarán las larvas vermiformes (cómo me gusta esta palabra, vermiforme, vermiforme, vermiforme) mientras les salen las alas. La mosca común brota aquí mismo, pues, junto al sofá, mientras mi marido y yo vemos la tele. Quizá el cuarto de estar sea para ella como Marte para nosotros, pero come lo que quiero y no pasa frío ni necesidades.

Un día, la mosca descubre la ventana, al otro lado de la cual hay árboles y enredaderas y geranios. Con buen criterio, piensa que todo eso, más el rayo y la lluvia, es el mundo y se lanza a él como una loca estrellándose sin embargo contra el cristal. La mosca no sabe que hay cristal: no se ve a simple vista y ella no puede, como nosotros, comprenderlo de un modo teórico. Por eso, cuando se recupera, insiste una y otra vez en atravesar aquello irreal, aunque duro, que se interpone entre ella y la existencia verdadera. Muchas, a juzgar por la violencia con la que se golpean, mueren en el intento. Las otras renuncian finalmente considerando que el mundo es una alucinación, un espejismo, un sueño. A lo mejor en ese momento alguien abre la ventana para ventilar, pero la mosca, escarmentada, no sale de los alrededores del trisillo. Por esas fechas tiene ya un compañero con el que copula junto al azucarero y le ha cogido gusto a posarse sobre la pantalla del televisor, del que recibe un curioso masaje electromagnético que le alivia de las secuelas proporcionadas por aquel pasado intelectual en el que se lanzaba todos los días de cabeza a la conquista del mundo.

Esto es lo que me ocurre a mí. Sé dónde está la realidad, pero me separa de ella una lámina invisible contra la que me he roto la cabeza varias veces. En algún momento descubri, como todos, el sabor de la copa, del alcohol clandestino, del tabaco, al que se añade ahora el placer filosófico de solidarizarme, desde el sofá, con los insectos en su empeño por alcanzar la verdad. Hermana mosca.

Chopard

"HAPPY SPORT" en acero, ref. 27/8236-23, ref. 27/8238-23.
De venta en las mejores relojerías y joyerías.
Informaciones: Chopard España, Plaça Francese Macià, 2.